

Ofrenda a los muertos: regeneración de la esperanza y la vida del México reciente

Juan Luis Ramírez Torres 127

Suele decirse que el mexicano se ríe de la muerte, dato curioso para frase de promoción turística, pero que no corresponde con exactitud a las expresiones culturales concretas halladas entre la población mexicana. Dicha interpretación resulta de la folclorización de sistemas de culto a los ancestros y no a la muerte, producida por la reinterpretación occidentalizada que decultura –despoja de sus significados propios– a esta tradición. Por su medio se cuenta con un símbolo de pertenencia entre los pueblos, que al saberse descendientes de un tronco de parentesco común, adquieren referentes para construir identidades desde las que encuentran razones para reunirse en torno a un grupo familiar o social y de esta manera compartir bienes materiales y culturales (Barth, 1976).

Por ejemplo, los mexicanos podríamos decir que descendemos de los Aztecas, aunque esto no corresponda a la realidad histórica y genealógica de cada connacional, ya que la sociedad imperial tenochca fue desestructurada por el dominio español atomizándola en localidades de limitada influencia (Gibson, 1986), de aquí que difícilmente pudo participar ampliamente en la reproducción biológica de los actuales mexicanos. Los habitantes contemporáneos del Distrito Federal y particularmente de la ciudad de México, no son descendientes de aquellos originales habitantes del islote mítico del águila, la serpiente y el nopal; son por el contrario, hijos, nietos o bisnietos, de parejas que si bien pudieron haber nacido en la capital del país, son resultado de otras parejas que inmigraron a ella y cuyos orígenes –sociales, culturales y genéticos– se encuentran en algunos de los estados de la república, comunidades indígenas e incluso población europea, oriental o africana. Ante tal diversidad de antecedentes y para reunir en un mismo cuerpo nacional a dicha pluralidad, ha sido menester crear un símbolo cohesionador al que se le otorgue el papel de *primeros mexicanos* y de donde los Aztecas han resultado una buena opción.

Desde esta lógica, los sistemas rituales dedicados a nuestros muertos, adquieren sentido de culto a los ancestros como signos de los orígenes primordiales de toda sociedad y del ciclo periódico de la vida, es decir, como ritos asociados no al destino último de la muerte, sino como ciclos de renovación (Malinowski, 1985), en calidad de elementos constitutivos *esenciales*, sin los cuales cada pueblo carecería de unidad social, seríamos entonces individuos aislados imposibilitados de haber construido las culturas actuales.



En consecuencia, la visión de que el mexicano tiene gusto por la muerte, que no le guarda respeto, que la reta, se la come o que hasta se ríe de ella, son interpretaciones que focalizan su atención en torno a La Muerte, entidad espiritual que posee a los hombres para pasarlos del ámbito de los vivos al de los muertos. Las nociones de las distintas culturas nativas que nutren al país, no apuntan hacia allá, sino en dirección a sus orígenes primigenios; se recuerda al pariente muerto, o bien se rinde culto a los difuntos con quien el grupo oferente se identifica: el mundo literario a sus escritores, el político a sus líderes, etcétera.

Culto a los muertos-ancestros

De entre las maneras actuales de rendir tributo a quienes nos han precedido en la vida, está el de las ofrendas del Día de Muertos, con olor a dulce de calabaza y teñido por el blanco de las calaveritas de azúcar; pero como estos componentes son relativamente nuevos *en-el-rescate-de-esta-tradición-tan-mexicana*, se pretenden encontrar las costumbres más “auténticas y puras” al respecto; es así que en escuelas y oficinas gubernamentales se instala una ofrenda intentando que sea lo “más fiel posible” a esa perseguida pureza. Los encargados de dicha tarea buscan en bibliotecas, entrevistan “especialistas” en la materia, indagan, urgan, es decir, buscan identidades, orígenes primigenios –los primeros genes–, y con ese acervo reunido levantan varas con flores, montan vasijas de barro con comida, vierten pulque, queman copal, evocan la ancestralidad.

Juan Luis Ramírez Torres. Licenciado en Antropología Social y Maestro en Estudios Latinoamericanos. Candidato a Doctor en Antropología por la UNAM. Investigador del Centro de Investigación y Estudios Avanzados en Salud Pública de la UAEM.

Ubicados en este punto resulta demasiado pretensioso querer aportar datos sobre el culto a los muertos entre otomíes, purépechas, mazahuas, mexicas u olmecas, ya que cada caso implica una labor de investigación pendiente y particularmente larga, lo que, por supuesto, no se puede agotar en unas cuantas páginas. De aquí que en lugar de ofrecer una etnografía del culto a los ancestros, centraré las siguientes líneas en torno del refloreamiento de las ofrendas de muertos en nuestro país en los años de las décadas ochenta y noventa.

La desesperanza

La mañana del 19 de noviembre de 1984, los habitantes del norte del Distrito Federal y colonias mexiquenses vecinas, amanecieron bajo una luz que no era la del sol, en una colonia particularmente pobre, estallaban depósitos de combustible que en esos instantes incineraban literalmente a cientos de cuerpos humanos y destruían muebles, habitaciones, patrimonios que eran síntesis de la vida cotidiana en San Juan Ixhuatepec. Esto provocaría el éxodo apresurado de sus habitantes que evacuaron el lugar ante el miedo del hombre al fuego.

Un día después, al caer la noche y teniendo a la ciudad de México por escenario, las luces urbanas acompañaban a las de numerosas veladoras que atestiguaban el tristísimo cortejo

fúnebre de hijos, esposos o abuelos que no comenzaron siquiera el día, para dormir más tarde no en la humilde cama cubiertos por la tibieza de sus cobijas, sino en la frialdad de una tumba presurosa.

Al tiempo, despertamos una mañana siguiente entre crujidos, tintinar de vasos en la cocina lista a calentar desayunos y con uniformes escolares preparados a vestir niños, pero en un parpadear, las fachadas, vistas desde nuestras ventanas, desaparecieron del paisaje; de la Roma a Tepito se derrumbaron edificios de modernidad y vecindades de miserias. Terremoto del 19 de septiembre de 1985, que de nueva cuenta sumaría muchos muertos nuestros, aun incontables, por que, a diferencia de San Juanico, sus cuerpos estaban bajo toneladas de escombros, y no era una colonia la víctima sino amplias extensiones de la capital mexicana, con su *metro*, avenidas, tiendas, hoteles, restaurantes; no era la vida cotidiana de cientos de familias, sino la historia centenaria de millones de mexicanos que miraban sin comprender cómo sus lugares comunes habían sencillamente caído por tierra: quedamos sin referentes, sin el café de la charla, el cine de la cita, la esquina de esperas, la puerta y el timbre que nos daba acceso al amigo. Todo ello se cayó.

Y el miedo se repitió por la noche del día 20 de ese mismo mes, ya las iglesias se encontraban llenas de fieles que confesaban su infidelidad, y en la misma Basílica de Guadalupe la tierra se cimbró, el pánico entró entonces hasta ese sitio sagrado mexicano por excelencia. Y entonces ya no había refugio alguno, el país estaba como abandonado por Dios, el dios de cada quien y de cada cual.

Fue entonces que se ejerció una acción ensayada en la explosión del año anterior: la ayuda entre nosotros mismos. Jóvenes, mujeres, ancianas, gente humilde con sus herramientas de trabajo, otros más afortunados con sus camionetas o autos, tantos, todos, ofrecieron sus recursos y manos para sacar además de cadáveres, carnes aún vivas que volvieron a la luz, después de varios días de estar en la penumbra de los escombros sobre sus cuerpos y esperanzas.

Las teorías han escrito que los amaneceres son sinónimo de *renacimiento*, los cultos al sol así lo indican (Eliade, 1986), después del periodo oscuro siempre viene el nuevo día, fenómeno físico que sirve de metáfora a las esperanzas humanas, a las utopías que hacen historia. Pero en lo relatado, dos amaneceres fueron tiempo de lo contrario, de la muerte, del rompimiento de la vida. La desesperanza invadió el alma de los mexicanos desde dos mañanas, desespe-



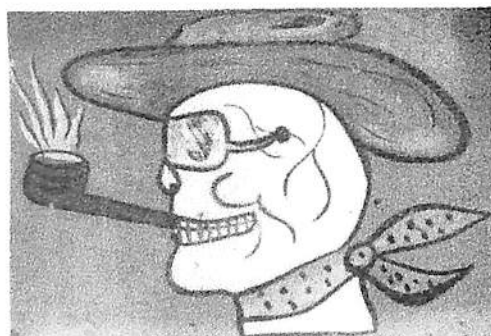
ranza cimentada en el miedo, el pánico, la inseguridad en el hogar, último refugio; de tener los pies sobre el suelo, tierra firme, se aprendió por súbita experiencia que el techo y el suelo no son seguros, aquel puede caerse, y éste abrirse.

En consecuencia, se invirtieron dos referentes de seguridad espacial y significación social esenciales. El hombre se encuentra entre el cielo y la tierra; la bóveda celeste y el subsuelo, el inframundo, son habitados por entidades sacralizadas, no humanas, los padres celestes y la madre tierra son columnas que abren ese espacio humano que habitamos los hombres. Dichos espacios han sido a lo largo de las historias humanas, referentes míticos (Eliade, 1986) que permiten fincar identidades sociales, al saberse descendientes de ancestros comunes (Adán y Eva, el Quinto Sol, etc.).

Ubicados en tal dimensión, el que las mañanas de esos *diecinueves* de noviembre y septiembre referidos, hayan sido dramáticos implica la pérdida de la noción del nuevo día que permite saberse parte de un tiempo cíclico, garantía de la permanencia de individuos, familias y comunidades, esa idea del mito del eterno retorno (Eliade, 1985) que asegura la vida; al no tener cierta la mañana siguiente, el futuro se desvanece, se pierde la esperanza y los hombres sólo vegetan sin proyectos ni utopías, es decir, sin historia.

Ancestralidad y culto a los muertos: esperanza de la renovación de la vida

En noviembre de 1985, los días 1 y 2 fueron momentos de grandes ofrendas a los *angelitos* y *fieles difuntos*, principalmente aquéllos víctimas en Ixhuatpec y los terremotos del 19 y 20 de septiembre. Así, se colocaron altares en San Juanico, Tlatelolco y el Zócalo, en las misas se oró por ellos, y las ofrendas familiares pusieron veladoras, en algunos casos no sólo para sus parientes muertos sino para aquellos otros extraños a sus líneas genealógicas. Hubo una reafirmación de esta tradición mexicana, disminuyendo relativamente otras formas



culturales ajenas, como la del *Halloween*. Este regreso a la costumbre no obedecía a afanes folclóricos sino a realidades dramáticamente tangibles, el rito ofrecido a los muertos a través del cempasúchil y el copal entonces se hizo simbolización de la experiencia inmediatamente vivida. Esos días se han llenado de significados vigentes.

En los años posteriores la tradición se ha repetido pasando del ámbito privado al público, de la costumbre reproducida por la abuela a la promoción socializada. En las escuelas y oficinas públicas, en lugares abiertos, los Portales de Toluca, por ejemplo, estudiantes, empleados, transeúntes, sacian su curiosidad de color en el amarillo de flores y cromacidad de papel picado, a la vez que urgan sus ancestralidades, es decir, la reconstrucción de sus referentes quemados o derrumbados en los tiempos actuales.

El rito de las ofrendas a los muertos, de esta manera, no es un culto a la muerte, no es necrofilia, sino precisamente su contrario, es afán de vida que al buscar su ancestralidad se reencuentra a sí mismo, gana la esperanza perdida al saber que de la noche viene la mañana utópicamente sin peligros, sin soles falsos, ni fuegos incinerantes, y sí en cambio, amaneceres con el sol en su lugar y con los pies en la tierra firme; preámbulo para reiniciar nuestra historia.

Apéndice inconcluso

En este contexto de significados sociales, un otro amanecer comenzamos Año Nuevo, renovación de la vida. Despertamos ante indios ancestrales cargando la historia nacional sobre sus hombros y desde las tierras selváticas —símbolos de maternidad, fecundidad y abundancia (Eliade, 1986)— lanzaron llamados al país, las respuestas se tejen todavía sin saber sus efectos.

Este 1994, por terminar aún, se encuentra en el punto liminar entre la esperanza y la desesperanza, entre los techos caídos y la tierra insegura o el cobijo del cielo y el fruto de la tierra. Esta disyuntiva podrá ser simbolizada en nuestras ofrendas tradicionales a los muertos ancestrales como un señalamiento en contra de la Cultura de Muerte a la vez que como reconstrucción de nuestra Cultura antigua por la Vida.Δ

BIBLIOGRAFIA

- Barth, Fredrik (comp). *Los grupos étnicos y sus fronteras*. México. Fondo de Cultura Económica, 1976.
- Eliade, Mircea. *El mito del eterno retorno*. México. Origen/Planeta, 1985.
- Tratado de historia de las religiones*. México. Ediciones ERA, 1986.
- Gibson, Charles. *Los aztecas bajo el dominio español, 1519-1810*. México. Siglo Veintiuno Editores, 1986.
- Malinowski, Bronislaw. *Magia, ciencia y religión*. México. Origen/Planeta, 1985.